

Cuando hay amor también existen crisis.

“Los dos podrán resistir, porque la cuerda trenzada no se rompe fácilmente” (Eclesiastés 4,12)

Padre Ricardo E. Facci

Suelo evitar la palabra “crisis”, porque a veces parece cargar con toda la responsabilidad de lo que se vuelve difícil en la vida matrimonial o en otras vocaciones. Prefiero mirar más profundo y descubrir qué hay detrás, qué la provoca, para poder acompañar ese momento con mayor verdad y serenidad.

Muchos creen que los matrimonios felices no tienen crisis ni problemas. Y lo que es peor, es que muchos piensan que el amor se terminó cuando aparecen discusiones, silencios prolongados, rutina y cansancio, distanciamiento o dudas sobre el otro. Como si un buen matrimonio fuera aquel que vive sin problemas, sin conflictos, sin diferencias entre ambos esposos y sin momentos de incertidumbre. Cuando esto se da, seguramente, nos encontramos con un matrimonio donde uno es satélite del otro. O sea, uno es el que siempre toma las decisiones con el consentimiento tácito del cónyuge.

Pero la realidad es diferente. No existe un buen matrimonio que esté exento de tener que atravesar un problema, que podemos llamarle crisis. Creo que las crisis, en general, surgen en situaciones nuevas, por ejemplo, la exigencia de la adaptación al iniciar la convivencia en el principio de la vida matrimonial, o cuando llega el hijo y deja la relación matrimonial de ser el centro de la vida cotidiana. Otra situación es cuando los hijos crecen y vuelan de la casa y quedan los esposos frente a frente, entrando en un período de calma, después de mucho tiempo. También, asumiendo una realidad que cada día se multiplica, que es el fracaso de los matrimonios o parejas de los hijos, y regresan a la casa paterna, y muchas veces con sus hijos, generando toda una nueva situación que exige adaptarse, agravado por la edad de los padres. También las crisis suelen surgir cuando las exigencias del trabajo son mayores a tiempos anteriores, que a lo mejor demanda más horas que antes; cuando surgen problemas económicos; cuando en la vida familiar aparece una enfermedad, una muerte de alguien cercano, un cambio de casa o traslado a otra ciudad. Se debe considerar también el desgaste ocasionado por la rutina o simplemente, cuando uno de los dos cambia, por la edad, o por situaciones físicas, psicológicas, dado que la persona evoluciona constantemente. Muchos creen que conocen al cónyuge muy bien, pero se equivocan, porque al dar vuelta la página de cada día o etapa de la vida, siempre aparecerá algo nuevo, algo diferente que no se lo tenía contemplado.

La falsa idea de que las crisis no deben existir en la vida matrimonial, hace que muchos ante cualquier dificultad sientan la sensación de fracaso. Se cuestionan si el compañero de camino fue una mala opción, o piensan que el amor se terminó o quisieran decidir una ruptura como única salida. No es que el amor terminó, ni que fue un error el matrimonio, ni que es un fracaso, sino se hace necesario descubrir la causa del mal momento por el que se atraviesa. Más allá de que, en la etapa inicial, muy marcada por el enamoramiento, no se entiende que el otro tenga fallas, nadie se casa con “perfectos”. Por esto, al buscar la causa, exceptuando lo que hemos descripto, se debe hurgar en actitudes egoístas, en distanciamientos por diversas causas, en problemas externos a la vida matrimonial pero que han penetrado en el mismo, o diferencias de criterios en ciertos temas que hieren la vida conyugal.

Las llamadas crisis tienen una exigencia especial: hay que detenerse para comenzar a dialogar, buscando la mayor objetividad posible, sabiendo escuchar amando, concentrarse en lo que el otro expresa, este es el camino para comenzar a encontrar caminos de solución. Además, hay que tener en cuenta que si hay un problema tiene solución, porque si no tiene solución es porque no es un problema, será algo para asumir, aceptar. No se debe postergar el diálogo, que a lo mejor es la causa por la que se entró en un tiempo de dificultad.

Algunos matrimonios en esos momentos difíciles me han dicho que “han perdido la alegría”, “que por razones de trabajo o por los hijos ya no tienen tiempo para ellos”, dicen “solo hablamos temas prácticos sobre la organización de la casa”, “hemos perdido la espontaneidad en las

manifestaciones de cariño”. Sumo algo muy importante, existe un enemigo del cual hay que defenderse, haciendo opciones concretas: el cansancio.

Pero nunca desmoralizarse. Todo problema tiene solución. Con paciencia se puede lograr. No dejarse llevar por apresuramientos. Los momentos de crisis, de dificultades, de tener que enfrentar problemas, suelen ser una gran oportunidad para iniciar una nueva etapa de crecimiento.

Si es necesario, se aconseja buscar ayuda, pero no es necesario gastar dinero, sino acercarse a gente que los aprecia mucho y pueden ayudar manteniendo la objetividad y la imparcialidad.

Insisto, la cuestión no es que no existan problemas, sino en desarrollar la capacidad para resolverlos, para dialogar, para que cada uno asuma su responsabilidad y jamás acusando al otro como si fuese un enemigo. Recordar siempre que son dos que se aman, pero que en ese momento no ven con claridad. Realidad que se expresa claramente en aquella hermosa canción: “No se piensa en el verano cuando cae la nieve”¹.

Los matrimonios más sólidos y garantidos no son los que nunca se rompen, sino los que descubren que, el amor no consiste en evitar problemas, sino en decidir solucionarlos, porque vale la pena reparar juntos lo que se ha roto. Los momentos difíciles no pertenecen a una edad determinada, ni a una situación de vida determinada, sino que son parte de una historia de amor que a veces se escribe con gotas de sudor o de sangre, con profundos actos de perdón, dando inicio a una nueva etapa del camino que seguramente estará marcado por la madurez, por una vida más enfocada en el “tú” y en el “nosotros”, mostrando la riqueza de la autenticidad de un matrimonio bien vivido.

Les dejo tres palabras finales, claves para iniciar la solución de cualquier problema sin que generen una grieta en el “nosotros”: perdón, humildad y paciencia.

Más fuerte es el “nosotros” mejor será, porque así “los dos podrán resistir, porque la cuerda trenzada no se rompe fácilmente”.

Oración

Señor Jesús,
danos la gracia de poder aprender a resolver problemas
y todas las dificultades del camino matrimonial;
que verdaderamente no dejemos jamás
de construir un sólido nosotros.

Te pedimos, que sepamos pedir perdón y perdonar,
según lo que sea necesario,
que te pidamos siempre el don de la humildad,
sabiendo despojarnos de nuestro “yo”.

Queremos no dejarnos llevar solo por sentimientos,
sino que podamos pensar en cuales serían las mejores opciones
y que el diálogo y la objetividad,
nos ayuden a buscar juntos en la verdad, caminos de solución,
ante los desafíos que se nos presentan en el camino de la vida. Amén.

Trabajo Alianza

- 1.- ¿Qué momento recordamos en el que superamos un problema grave y una vez solucionado nos ayudó a crecer en el amor mutuo?
- 2.- ¿Qué aspectos de nuestra vida matrimonial y familiar nos generan mayores inconvenientes en nuestra vida?
- 3.- ¿Qué dones o capacidades tenemos que ayudan a superar problemas?
- 4.- ¿Qué debemos trabajar aún para que podamos mejorar ante las exigencias de solucionar problemas

Trabajo Bastón

- 1.- Si alguno desea puede compartir con el grupo algún testimonio de cómo superaron algún problema en su vida matrimonial.
- 2.- ¿Cuáles nos parecen son los motivos más presentes en la generación de problemas en los matrimonios jóvenes?
- 3.- ¿Por qué muchos padres se entrometen en la vida de sus hijos casados, y en lugar de favorecer caminos de solución, hacen opción por la postura de su hijo o hija, agravando el problema?

NOTA: 1.- “Paisaje” - Franco Simone.